

## 4

Soy muy observadora. Me di cuenta, por ejemplo, de que Marcelo solía responder a mis mensajes de cuatro a cinco de la tarde los lunes, miércoles y viernes. Muy de vez en cuando escribía por las mañanas. Nunca en martes, jueves o sábado. Pensé que tal vez me escribía desde su trabajo y que debía de tener problemas para utilizar el ordenador para asuntos personales; por eso sus mensajes eran siempre tan breves, porque no quería buscarse problemas.

Cuando conoces a una persona por Internet, todo lo que no sabes de ella tienes que imaginarlo. Por eso te equivocas.

Tal vez hablar de todo aquello con alguien me habría ayudado a verlo de otra forma, a darme cuenta de que era una locura. Pero mi

única amiga era Sandra y no estábamos pasando por muy buen momento. A mí me parecía que ella estaba muy extraña desde que había empezado a salir con aquel chico universitario, como si él la estuviera cambiando. O puede que la extraña fuera yo, quién sabe. Tal vez me daban un poquito de envidia. El caso es que no le conté nada a nadie.

Dos días después de que le enviara la foto, Marcelo me pidió otra. Fui muy dura con él:

*No te enviaré ninguna más hasta que me mandes una tuya.*

Funcionó. Cuando recibí un correo electrónico con un documento adjunto, se me dispararon los latidos del corazón. Mamá estaba en la cocina, pero lo abrí de todos modos. No podía esperar ni un segundo. Delante de mí, el trabajo de literatura. Detrás, a punto para esconderla si mamá se acercaba demasiado, la foto que me moría de ganas de mirar.

Me lo había imaginado tantas veces que abrí la foto con un miedo terrible. ¿Y si no era como yo pensaba? ¿Y si era horroroso?

Durante unos pocos segundos, creo que me olvidé de respirar. A veces la vida se detiene. Solo unos segundos, sin ningún movimiento. Es como si el mundo enmudeciera para subrayar lo que es importante de verdad. Después, todo vuelve a sonar con más fuerza. Mi corazón como un tambor. Pom, pom, pom, pom.

En la pantalla, la imagen de un chico de cuerpo entero, vestido como si fuera a practicar judo: pantalones blancos, camisa blanca, cinturón negro. No tenía ni idea de artes marciales, pero pude medio adivinar que aquel color de cinturón significaba que tenía nivel. Era delgado, tenía el pelo oscuro un poco rizado y los ojos... —aproximé la imagen— tal vez azules, o verdes. Parecía bastante alto. Sonreía. Tenía cara de buena persona. A su espalda se distinguían las instalaciones de un gimnasio.

Respondí:

*¿Haces judo?*

Esta vez su mensaje no se hizo esperar nada

—eran las cinco menos cuarto— y me hizo sonreír:

*Taekwondo. ¿Sabes lo que es?*

*Más o menos. ¿Eres cinturón negro o solo estaba sucio?*

*¡Jajajajaja! ¡Muy bueno! Cinturón negro. Primer Dan.*

*¿Qué es eso de Dan?*

*Un nivel. Significa que soy bueno.*

*Me tendrás que explicar qué has hecho para conseguirlo, ¿de acuerdo? ¿Tal vez cuando nos veamos?*

Escribí esta frase sin pensar. A veces, todos hacemos algo sin pensar lo suficiente. Incluso la gente más sensata (o que cree serlo). Incluso los más inteligentes. Yo había pensado mucho en lo que dije, claro. Quería tener a Marcelo delante de mí, mirarle a los ojos y sentir su

mirada en los míos. Lo deseaba desde antes de ver su foto. Me habría dado lo mismo que fuera feo, un adefesio. Pero ahora que sabía cómo era, aún lo quería con más ganas. Quedar, vernos. Me habría gustado que lo propusiera él, pero como no lo hizo, me decidí. Yo también estoy un poco loca, a veces. Y antes de que tuviera tiempo de contestarme, pensé que había un par de cosas que le quería decir:

*Oye, me gustas mucho. Quiero decir que tu foto me ha gustado mucho y ha hecho que termine de decidirme. Ya sé que por correo electrónico no puedes escribir demasiado. Además, no es manera. ¿No crees que si quedáramos para tomar algo podríamos hablar de todo? Es un método todavía más antiguo que escribirnos. ¿No te apetece? ¡Venga, di dónde y cuándo!*

Pulsé «enviar» y nada más hacerlo comencé a arrepentirme de haber sido tan directa. ¿No os ocurre que en ocasiones un sexto sentido, llamémosle intuición, os advierte de que las cosas no van a salir bien?

Pues en aquel momento yo sentí a mi sexto sentido emitiendo señales de alarma a máximo volumen.

Cling, tienes un correo sin leer.

*No importa la foto. Yo lo que quiero saber es si te gusto por dentro. Lo importante es invisible a los ojos, ¿lo sabías? De ti me gusta mucho más lo que no se ve, lo que va por dentro. Y eso que me pareces superguapa.*

No esperaba aquella respuesta. Era como si no hubiera leído nada de lo que yo le había escrito. Peor: era como si echara balones fuera. Contesté:

*Claro que me gustas por dentro, pero por fuera también. ¿Has leído mis dos correos anteriores? ¿Quieres quedar o no?*

Soy una impaciente, lo sé. Es un gran defecto que tengo. Mamá siempre lo dice:

—Algún día, estas prisas tuyas te darán algún disgusto, Xenia. Tienes que aprender que no se puede querer todo para ya, hija.

Todo y ya mismo. ¿Por qué esperar? Esa es mi filosofía de la vida. Ya ha quedado claro que no era la de Marcelo.

Su respuesta me sentó como un jarro de agua fría.

*No quiero. Aún no. Algún día te lo explicaré.*

Debo de ser una boba, porque aquel mensaje suyo me dio unas ganas terribles de llorar. Marcelo no quería conocerme, no compartía mis prisas, no sentía lo mismo que yo. Entendí que me había equivocado, que había hecho el ridículo.

Mi respuesta:

*Lo comprendo, no te preocupes. Pensaba que yo te gustaba como tú me gustas a mí, pero ya veo que me he precipitado. No pasa nada. Lo siento, no quería que te sintieras mal por mi culpa. Me ha encantado conocerte, Marcelo López. Ya te dejo en paz. Un beso.*

Enviar. Enviando mensaje. Mensaje enviado.  
El corazón a mil por hora.  
Conté los segundos. Fueron 14.

*Espera. Por favor, espera.*

Cuatro palabras que no significaban nada. ¿O sí? ¿A qué debía esperar? Eran las cinco. Algo me decía que hasta el día siguiente no recibiría ningún otro correo.

Esta vez me equivoqué. Hacia las seis y media entró un nuevo mensaje. Uno largo, que no parecía suyo.

*Xenia, no te escribo este correo para suplicarte nada. No tengo mucha práctica en esto de suplicar. Pero quiero que sepas que estos días has sido muy importante para mí. Lo más importante de toda mi vida, de hecho. A mí también me gustas mucho, y dicho así creo que es quedarme bastante corto. Nunca había sentido nada igual. Diría que me he enamorado de ti. Todo esto es muy extraño. Pienso en ti desde que me levanto hasta que me voy a dormir. Deseo conocerte más que nada en el mundo, pero ahora eso es imposible. Te quiero. Uf, qué raro es escribirlo. Pero es la pura verdad. Quería que lo supieras. Si quieres desaparecer de mi vida, ahora ya puedes hacerlo. Yo te recordaré siemp*

El mensaje terminaba así. De repente, a medio escribir una palabra. Como si hubiera sido enviado por error.

Esperé un poco, a ver si entraba otro mensaje, pero no. Media hora después le escribí yo.

*No pienso desaparecer de tu vida. Aunque hay un montón de cosas que no comprendo y que me gustaría preguntarte. Da lo mismo, debe de ser que me gustan los tíos misteriosos. Como Salinger, ¿te acuerdas?*

No volvió a responder aquella tarde —era miércoles—, ni al día siguiente, ni el viernes. Tampoco durante el fin de semana.

No sé cuántas veces consulté el correo durante aquellos días interminables, ni cuántas veces tuve que escuchar de boca de mi madre la misma pregunta:

—¿Se puede saber qué te pasa, cariño?

No. No se podía saber. Mamá no habría entendido nada.

Lo que me pasaba era que echaba de menos a Marcelo más que nunca a nadie. Me sentía ridícula por estar colgada de un fantasma. Me daba

miedo que pudiera desaparecer para siempre de mi vida. No entendía cuál era su problema, pero estaba claro que tenía alguno y yo me moría de ganas de ayudarlo. No podía hacer nada para evitar lo que me estaba ocurriendo. Solo esperar y esperar.

*Esperar.* He aquí la palabra que más odio de todas las del diccionario.